
Resonancias desde Salamanca de una Escuela universal

Antonio Notario Ruiz

La celebración de aniversarios, centenarios y efemérides varias tiene un carácter protocolario y testimonial las más de las veces, al menos, en el mundo académico y cultural. Se trae a escena a alguien o algo desde un pasado más o menos remoto y, pasados los eventos y fastos correspondientes, ese alguien o ese algo vuelve a desaparecer en un parnaso poco glorioso, en el olvido o en algunas entradas bibliográficas y notas a pie de página nuevas, aptas sólo para especialistas.

Otros autores, otros movimientos o productos culturales, por el contrario, mantienen en el tiempo la capacidad de incitar al estudio, a la discusión, a la investigación y a la reflexión. Sobreviven a un centenario y alcanzan otro con el mismo o mayor vigor y una ampliada capacidad de atracción hacia estudiosos, investigadores y público general, por una parte, y por otra, a editoriales, fundaciones o universidades. Este último es el caso de la Escuela de Salamanca. La celebración de sus aniversarios y centenarios no

sólo sirve para constatar su vigencia. También se ha convertido en una posibilidad de leer la autocomprensión de los españoles y de toda la comunidad iberoamericana, de lo que hemos sido o de lo que vamos pudiendo ser a lo largo de los siglos. Cada momento histórico ha ido analizando y resaltando unos aspectos u otros de la Escuela salmantina. Y las múltiples actividades de este año 2026 son un buen ejemplo de esa complejidad de visiones entrecruzadas.

Pero retrocedamos un momento en el tiempo. Es en 1526 cuando llega un joven fraile burgalés desde París a Salamanca, al convento de San Esteban: Francisco de Vitoria. En el mes de agosto de ese año accedió a la Cátedra de Prima de Teología de la Universidad salmantina, ya entonces tricentenaria. Desde ese momento, entre los muros conventuales y universitarios iba a fraguarse uno de los movimientos intelectuales, morales y religiosos más interesantes y profundos del Pensamiento Español. No podían imaginar aquellos frailes dominicos, agustinos, franciscanos y luego también jesuitas, austeros, estudiosos y valientes, llegados de todos los rincones de España, que la posterioridad iba a seguir hablando de ellos, publicando sus apuntes de clase u otros textos diversos y destinando partidas presupuestarias millonarias para estudiar sus teorías, como en el caso del proyecto del Max Planck Institut de Fráncfort: «The School of Salamanca: A Digital Collection of Sources and a Dictionary of its Juridical-Political Language». Menos todavía podían soñar en algo como la red de redes que alberga ahora muchos de sus tratados, esos resultados de investigación de aquellas humildes personas que empezaron a pensar en la dignidad humana a raíz de las noticias –malas– que llegaban desde lo que pronto fue conocido como América. Con la Biblia, Tomás de Aquino, una amplia cultura clásica, bastantes gramos de erasmismo y no poco sentido común, fueron ampliando disciplinas o creando otras nuevas. La gesta de Colón y sus acompañantes había puesto a Occidente frente a un espejo que le devolvía su

verdadero rostro moral, político y religioso. Ante esa circunstancia, por completo nueva, la Escuela de Salamanca llevó a cabo otra gesta: la de enfrentarse al poder económico, político y religioso para defender a los desposeídos y maltratados.

Congresos y publicaciones, debates y ciclos de cine, documentales y hasta una alocución papal en el Congreso de los Diputados van dejando a lo largo de este 2026 muchas de las resonancias de la empresa intelectual, moral y religiosa que cristalizó en el siglo XVI, irradiando desde Salamanca hasta Alcalá, Coímbra, Évora, y las recién creadas universidades de Perú o México. Todo parece apuntar ya a un posible nuevo centenario o, al menos, a una continuidad en la difusión, el estudio y el recuerdo vivo de la Escuela de Salamanca. En 1926 cristalizaron iniciativas –muchas veces foráneas– y avanzó el nuevo impulso decimonónico hacia la Escuela de Salamanca. Ahora, este Quinto Centenario de la misma va mostrando que aquel grupo de escolásticos convirtieron el impulso de Francisco de Vitoria en una Escuela iberoamericana y universal. Sus resonancias llegan altas y claras a un mundo que vive crisis nuevas –o está en ellas– y que necesita todavía escuchar las voces de aquel siglo sobre derecho internacional, sobre dignidad de las personas, vengan de donde vengan y estén donde estén, sobre justicia internacional inviolable, sobre justicia económica o injusticia de guerras desmedidas.

Insistiré todavía: no sólo en la Universidad de Salamanca se ha mantenido el interés en el estudio de Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Francisco Suárez y los muchos alumnos y discípulos que llevaron sus ideas a todos los rincones del mundo. También en otras muchas universidades y en centros de todo tipo y de todo el mundo ha habido una recepción activa del legado salmanticense impulsado, entre otros, por los hispanistas de cada país, que han trabajado incansablemente por ese objetivo. Un ejemplo entrañable ha sido el de Alain Guy, profundo conocedor de la historia

de la filosofía española, que en sus conferencias y luego también en sus textos reclamaba la importancia de los tomistas heterodoxos salmantinos primero y complutenses e ibéricos muy pronto. Estuvo muy vinculado al Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana fundado por Antonio Heredia Soriano y continuado por Roberto Albares Albares en la universidad salmantina. De otra forma, y dentro de una tradición apenas vinculada con el hispanismo, como es la teoría crítica, Jürgen Habermas ha prestado atención preferente a la Escuela de Salamanca en la historia de la filosofía que comenzó a publicar hace unos años. El desaparecido filósofo alemán sitúa a Francisco de Vitoria como protagonista dialéctico de la modernidad occidental, que todavía proyecta su sombra sobre nuestro presente junto y frente a Martín Lutero. Resonancias de la Escuela de Salamanca, en fin, que llegan hasta hoy, hasta este mismo número de *Revista de Occidente* y que es fácil pensar que llegarán todavía más allá. Será, sin duda, porque siguen siendo necesarias.

A. N. R.

Este artículo forma parte de los resultados del Grupo de Investigación Reconocido de Estética y Teoría de las Artes (GEsTA, Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca) y cuenta con la colaboración de la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León a Grupos de Investigación Reconocida de las Universidades Públicas de Castilla y León.